

voz, ahogada por la ansiedad, distinguíase apenas. A pesar de sus esfuerzos, gran número de representantes se oponían á que hablase. Por fin, el presidente consultó la Asamblea, la curiosidad pudo más que la pasión y se acordó que la sesión continuara.

En medio de aquella Asamblea tormentosa, jamás orador alguno desplegó un arte más consumado. «¿No reviste la cuestión á vuestros ojos una gravedad bastante grande para que algunas explicaciones, dadas en este momento supremo, valgan la pena de ser escuchadas? Se nos pregunta si votamos la proposición contra tal ó cual partido. No. Votamos la proposición porque, para nosotros, se trata de la Asamblea... No es una cuestión de partido, es una cuestión de principio.»

A pesar de estas precauciones de lenguaje, la izquierda resistía. «¡Poneos de acuerdo con el Sr. Vitet!» gritaban unos; otros evocaban, en forma de interrupción, los antiguos disonamientos entre la derecha y la izquierda; en algunos bancos se persistía en reclamar la clausura del debate. «¿Es cierto, sí ó no, repuso Thiers, que la Asamblea constituyente, cuya autoridad al parecer no queréis declinar, reconoció indispensable para su seguridad el derecho de requisición directa? ¿No es cierto? ¿No es cierto que, en la comisión, todavía hoy el ministro ha negado y niega á la Asamblea esta facultad? ¿Es esto cierto, sí ó no?» Entrando en el fondo de la cuestión, Thiers prescinde de la ley de 31 de mayo, condena todos los medios de división, presenta el proyecto como una medida de seguridad y recuerda la circular reciente de Saint-Arnaud: los generales Baraguey d'Hilliers y Magnán hicieron protestas de fidelidad á la ley en sus órdenes del día, ¿por qué el nuevo ministro de la Guerra ha guardado silencio sobre este particular?

Así habla Thiers; pero la izquierda, á quien tantas veces confundió, permanece sorda á sus instigaciones y se complace en vengarse. Interrumpe injuriosamente cada una de sus frases. El orador, rendido de fatiga, no puede ya esforzar la voz lo suficiente para que le oigan de los extremos de la sala. Los que le vieron aquel día han conservado el recuerdo de la emoción extraordinaria que se dibujaba en su rostro y se reflejaba en su palabra entrecortada, aunque siempre dueña de sí misma. Su agitación nerviosa era tal que le temblaban las manos y le saltaban lágrimas de los ojos. Al fin, agotadas sus fuerzas, dijo con desaliento: «Es imposible seguir ningún raciocinio en medio de esas interrupciones.» Y hablando á la izquierda, añadió: «Decid á la Francia que, cuando se trataba de la independencia de la Asamblea, del porvenir del gobierno representativo, de la última Asamblea quizá que nos representará realmente, del principio de la requisición directa, del interés superior de la ley..., no habéis querido escucharme.»

Sin embargo, antes de que terminara la sesión, sobrevino un incidente que dejó subsistir un resto de incertidumbre sobre el resultado final. El general Saint-Arnaud acababa de repetir que no contestaba el derecho de la Asamblea, con la condición de que las requisiciones fuesen transmitidas por vía jerárquica. Julio Favre acababa de renovar contra la proposición las críticas poco inteligentes de Crémieux y Michel de Bourges. De pronto el general Bedeau subió á la tribuna: «¿Es cierto, dijo, que el decreto de 11 de mayo, aprobado en su significación legal por Barrot, fijado en los cuarteles por

el general Rulhière, que aún lo estaba hacía pocos días, es cierto que, de orden del poder ejecutivo, ese decreto ha sido retirado?»

A esta pregunta apremiante é inesperada, la emoción triunfó del cansancio y se produjo un gran silencio. Todos los representantes fijaron los ojos en el banco ministerial. Saint-Arnaud y Thorigny conferenciaron entre sí; luego este último se levantó como para hablar. «¡El ministro de la Guerra!» gritaron de todas partes. Saint-Arnaud tomó la palabra. «El decreto, dijo, ya sólo estaba fijado en poquísimos cuarteles. Cuando yo llegué al ministerio, se me preguntó si aquel decreto había de ser ejecutado... Yo dije que lo quitaran de donde aún existiese.»

Saint-Arnaud había sido escuchado sin murmullos, tan grande era la estupefacción. Cuando el ministro se hubo sentado, estalló el tumulto. Los individuos de la comisión de iniciativa recordaban que, ocho días antes, el ministro había afirmado la legalidad del decreto de 11 de mayo, y denunciaban la flagrante impostura. Muchos representantes, en pie y agrupados en torno del banco ministerial, interpelaban con violencia á los miembros del gabinete. «¿A qué romper el decreto de 11 de mayo, si no se abrigan intentos facciosos?» Los Sres. Baze, Crémieux y Druet-Desvaux se disputaban el acceso á la tribuna. Parte de la Montaña parecía asociarse á los furros de la derecha. «Pedid la acusación ministerial, exclamaba Charrás, y la votaremos. En medio de aquella confusión, los Sres. Magnán y Maupás, que asistían á la sesión en una de las tribunas públicas, se concertaron por medio de una mirada con el ministro de la Guerra y abandonaron el salón. El Sr. de Morny había marchado antes que ellos. Saint-Arnaud salió á su vez. Hubo quien dijo que ni aun en aquel momento perdió la sangre fría. Se le atribuyen estas palabras: «En esta casa se hace demasiado ruido; voy á buscar la guardia.» Otros que le vieron en aquel momento, afirman, por el contrario, que estaba pálido, turbado é inquieto. Momentos después, los futuros cómplices del golpe de Estado se hallaban reunidos, unos en el Estado mayor de las Tullerías y otros en el Eliseo. Esperaban, dispuestos á la acción inmediata si era aprobada la proposición de los cuestores.

No se vieron reducidos á tal extremo gracias á la Montaña, convertida en auxiliar de Luis Napoleón. Las confesiones provocadas por Bedeau no llegaron á convertir á la Asamblea. Ni Charrás ni Cavaignac pudieron unir el grueso de sus amigos. Pasóse á la votación. La toma en consideración fué desechada por 408 votos contra 300. Esta nueva mayoría se componía de tres elementos: la izquierda en masa, salvo algunos hombres perspicaces como Dufaure, Charrás, Cavaignac, Bixio, Grévy, Corne y otros; todo el partido del Eliseo, y el grupo de los conservadores que, como Montalembert, Buffet y León Faucher, querían, á pesar de todo, guardar consideraciones al presidente. La derecha monárquica era la única que había votado en masa en favor de la proposición.

La buena noticia fué llevada al Eliseo, donde fué recibida con alegría, y no sin razón. Si se hubiese votado el proyecto, la Asamblea hubiera nombrado en seguida un general para defenderla, y entonces hubiera habido necesidad de ejecutar el golpe de Estado, no de noche,

sino en pleno día; no en presencia de una Asamblea sorprendida de improviso, sino en presencia de los representantes exaltados por su propio éxito y quizá provistos ya de tropas para su seguridad. Además, los jefes militares, en lugar de confiar plenamente en su derecho, hubieran sido turbados por el voto reciente del Parlamento. Desechada la proposición de los cuestores, se podía elegir cómodamente el momento, la hora y la ocasión.

Los representantes de la Montaña se alegraron del resultado del escrutinio tanto como el príncipe y sus partidarios. La extrema izquierda había acogido aquel resultado dando vivas á la República, y muchos demócratas salieron del palacio legislativo manifestando su imbecil satisfacción. Ignoraban el destino próximo que les esperaba. La República, creada por un golpe de fuerza, iba á perecer por otro golpe de fuerza: y para colmo de desgracia, acababa de recibir el golpe mortal de la mano misma de los que la habían fundado.

## IX

Lo que siguió á tan memorable votación no es más que el prefacio del golpe de Estado.

La Asamblea parecía una verdadera Babel. Aún era grande por las individualidades que encerraba; pero, en conjunto, no ofrecía más que incertidumbre y confusión. Estaba irrevocablemente dividida en tres fracciones: la izquierda, la derecha y el partido del Eliseo; y estos partidos, á su vez, presentaban numerosas divisiones en su propio seno. ¡Qué de matices en la izquierda desde Dufaure hasta Cavaignac y desde Cavaignac hasta Madier de Montjau! ¡Qué de fracciones en la derecha desde Berryer hasta Thiers! Y hasta en los centros ¡qué divergencia de miras! Aquí, Montalembert, únicamente ocupado en los intereses sociales ó religiosos, sirviendo á veces al príncipe, pero sin quererlo y sin conocerlo apenas; allí, Daru y León Faucher, amigos de Luis Napoleón, pero más amigos todavía del orden legal; allá, Barroche y Rouher, ministros de ayer y de mañana; acullá, Morny y Persigny, confidentes íntimos del Eliseo, pero ¡tan diferentes por su origen, por su espíritu y por sus gustos!

Las conversaciones de los pasillos, mucho más que las discusiones de la tribuna, revelaban aquel fraccionamiento de los partidos. Después de la votación de la proposición de los cuestores, los más ardientes sólo pensaban en reparar su derrota: el consejo de Estado acababa de remitir á la Asamblea un proyecto de ley sobre la responsabilidad del presidente, y los representantes vislumbraban en él la ocasión de una próxima revancha: nombróse una comisión para el examen del proyecto, y esta comisión se compuso únicamente de monárquicos y montañeses. Por su parte los conservadores moderados se condolían de la disolución de la mayoría y, á pesar de todo, se obstinaban en esperar. «El presidente tiene necesidad de la Asamblea, repitan, y la Asamblea tiene necesidad del presidente.» Otros cerraban los ojos por no ver el peligro, no queriendo creer sobre todo en la inminencia de una revolución militar. Muchos, en fin, cansados de sus propias emociones, y no viendo salida por ninguna parte, renunciaban á dirigir los acontecimientos: casi se resigna-

ban á un golpe de fuerza, y discutían sus probabilidades de éxito con una especie de imparcialidad escéptica, como si su propia suerte les fuese ya indiferente. Los amigos particulares del príncipe se diseminaban por entre los grupos; unos, más cándidos ó menos sinceros, negaban los proyectos del Eliseo; otros, más atrevidos ó mejor informados, tenían á veces la osadía de revelarlos. «Apuesto la cabeza á que no habrá golpe de Estado, decía familiarmente uno de los ministros, el señor de Casabianca.—Y yo, replicó vivamente Persigny, apuesto la mía á que habrá uno (1).» A Persigny, que



El conde de Morny

con tranquila audacia confesaba las intenciones del presidente, le costaba mucho reclutar adictos á la política de su amo. A pesar de su natural extraño, debía á su franqueza y á la integridad de su reputación financiera algunas simpatías. «Dejadnos obrar, señores de la derecha, decía él, y la revolución se operará en provecho vuestro: si no, tendremos que buscar apoyo en otra parte. Apelaremos á las masas y lo haremos sin escrúpulos: porque, después de todo, no tenemos gran cosa que perder (2).» Estas insinuaciones eran más sinceras de lo que se creía. Aun entonces, Luis Napoleón hubiera gobernado gustoso con el partido monárquico, pero con una condición que hacía el acuerdo irrealizable, con la condición de avasallarlos á sus designios y de absorberlos.

Mientras el Parlamento asistía así á su propia agonía, el presidente acababa de organizar sus fuerzas.

Su atención se fijaba sobre todo en el ejército. La guarnición de París, comprendiendo las fortalezas, Courbevoie, Saint-Denis, Saint-Cloud, Rueil y Vincennes, se componía de veinte regimientos de infantería, cuatro batallones de cazadores de infantería también, dos re-

(1) M. de Melín, *Memorias inéditas*.

(2) Idem, íd.



gimientos de lanceros y diez y nueve baterías de artillería, sin contar los cuerpos especiales de la capital, como la guardia republicana y la guardia móvil (1). Estaba dividida en once brigadas que formaban tres divisiones mandadas por los generales Carrelet, Renault y Levasseur y agrupadas bajo el mando superior del general Magnán. A dichas fuerzas había que añadir el 12.º de dragones, acuartelado en Saint-Germain, y la división de gruesa caballería de Versalles al mando del general Korte. Este ejército (pues podía dársele este nombre), temible por el número de su efectivo, no lo era menos por su solidez y por las disposiciones de que se hallaba animado. Entre aquellos regimientos eran de notar el 14.º de línea, que en 24 de febrero había combatido en el Château-d'Eau; el 42.º, que estaba de guarnición en Boloña cuando Luis Napoleón intentó allí un pronunciamiento; el 6.º, cuyo coronel, Sr. Garderens de Boisse, dirigió á sus soldados la orden de plaza que hemos visto. Uno de los dos regimientos de lanceros se había señalado, en la época de las revistas de Satory, por el calor de sus aclamaciones. Finalmente, la guardia republicana había acogido en sus filas á muchos de los infelices guardias municipales que los insurrectos de 1848 habían tratado con tanta crueldad. Los jefes habían sido tan hábilmente escogidos como los soldados. La mayor parte de ellos habían servido en Africa y con bizarría. A las dotes militares comunes á casi todos, muchos unían una abnegación particular en favor del príncipe ó un odio implacable contra la demagogia. El general de división Renault, el general Marulaz y el coronel Espinasse habían sido objeto de ascensos recientes lo mismo que los generales Cotte, Ripert y d'Allonville. Los generales Dulac, Korte y Cotte habían combatido á los insurrectos de Junio; el general Carrelet era un antiguo coronel de gendarmería. Revistas, favores, promesas, nada se había escatimado. Hemos visto las órdenes de plaza de Saint-Arnaud y el discurso pronunciado, en 9 de noviembre, por Luis Napoleón. La oficialidad de los regimientos de lanceros recién llegadas á París se había cumplimentado, y sus recíprocas atenciones habían dado lugar á ruidosas protestas de abnegación. El 26 de noviembre, el general Magnán reunió á los generales de la guarnición de París, y, dejándoles entrever los acontecimientos que se aproximaban, les recordó que, sucediese lo que sucediera, les pondría á cubierto con su responsabilidad. Para excitar más el celo de las tropas, se les daba á entender que, el 24 de febrero, habían sido humilladas por los demagogos y que tenían una revancha que tomar. Finalmente, se hacía burla de los *generales del Parlamento*, y de este modo se tenía la seguridad de que, el día de la acción, no arrastrarían ni un batallón siquiera. En cuanto á la guardia nacional, otro elemento de la fuerza pública, el proyecto del Elíseo consistía, no en utilizarla, sino en impedir que saliese. Se le dió un nuevo jefe superior, el general Lawestine, y un nuevo jefe de Estado mayor que se llamaba Vieyra. Uno y otro habían de cuidar solamente de mantener en la inacción á las legiones que mandaban.

Cuando se prepara alguna sorpresa, se la suele disimular acusando los intentos de los adversarios. Esta táctica, aunque vulgar, raras veces deja de surtir efecto.

(1) *Anuario militar*, años de 1851 y 1852.

El príncipe y sus amigos no faltaron á la costumbre. El 24 de noviembre, uno de los periodistas favoritos del Elíseo, Granier de Cassagnac, denunció, en un artículo vehemente del *Constitutionnel*, las pretendidas conspiraciones de la Asamblea y dos proyectos sucesivos de dictadura: una *dictadura blanca* con el general Changarnier, y una *dictadura roja* con el general Cavaignac. El artículo hizo sensación por el doble motivo de su extraordinaria violencia y de su procedencia oficiosa. Era más fácil denunciar el complot que probarlo. Al día siguiente, cuando el representante Cretón y, después de éste, Berryer intimaron al gabinete que declarase si tenía en sus manos algún indicio de un complot parlamentario, los ministros se limitaron á declinar toda solidaridad entre el periodista y ellos: luego, á instancias más apremiantes, confesaron en términos confusos que no habían sorprendido ninguna huella de manejos alarmantes para la paz pública. Granier de Cassagnac fué resarcido con creces de la implícita desaprobación del gabinete con la calurosa aprobación del príncipe: este le recibió, le felicitó y le encargó que escribiera otros artículos de igual violencia. «No temáis excederos, parece que añadió en su lenguaje familiar; calentad enérgicamente la caldera, pues yo deseo que estalle (2).» El mismo príncipe, con la reserva que su rango le imponía, no dejaba de coadyuvar al mismo fin. Presidiendo, en 25 de noviembre, la solemne distribución de recompensas á los expositores franceses de Londres, aprovechó la ocasión para anatematizar «las ideas demagógicas y las alucinaciones monárquicas» señaló á «los realistas que se habían hecho constitucionales para desarmar al poder nacido del sufragio popular... ¡Cuán grande no sería esta nación, añadió, si se la quisiera dejar respirar á sus anchas y vivir de su propia vida!»

En esto llegó el momento del golpe de Estado.

En la Asamblea, los días que precedieron aquel supremo desenlace fueron relativamente tranquilos y casi sin borrascas. Después de los debates de la proposición de los cuestores, los ánimos cansados cedían á esa postulación que sigue ordinariamente á todo grande esfuerzo. La derecha, deseosa de modificar la ley de 31 de mayo sin abrogarla, había desprendido de la ley municipal el título relativo al sufragio: la duración del domicilio era reducida á dos años, y de un voto dependió que no quedase reducida á un año. Los representantes moderados procuraban conjurar la crisis de 1852, buscando con menos suerte que buena voluntad una solución en que la legalidad no sufriese menoscabo. En la reunión de la calle de las Pirámides se agitaba la idea de una nueva proposición de revisión constitucional. La comisión encargada de estudiar el proyecto sobre la responsabilidad del presidente de la República era el único asilo en que las pasiones ruidosas encontraban eco; pero, aun en dicha comisión, la perplejidad era grande: si se adoptaban medidas preventivas, el proyecto revestía formas vejatorias; si no se adoptaban, se corría el riesgo de que la represión no llegase hasta realizado el mal. En medio de todos aquellos trabajos legislativos reinaba una especie de seguridad, seguridad engañosa muy parecida á las esperanzas obstinadas de

(2) M. Granier de Cassagnac, *Souvenirs du Second Empire*, primera serie, pág. 206.

los moribundos. «No se consumará el golpe de Estado antes del 1.º de enero, decían; no se querrá trastornar el comercio de París...» «Aún tenemos un mes por delante,» repetía el general Changarnier, que conocía algunos agentes de la policía de Carlier. Dijese que Duvergier de Hauranne y Malleville recibieron algunas confidencias bastante precisas, que les impresionaron desde luego; pero que cuando el confidente añadió que el Sr. de Morny era el principal agente del complot, aquéllos exclamaron: «¡Cómo! ¡ese jugador, ese calavera!» y creyeron que se trataba de una mixtificación (1). El 30 de noviembre, hubo una elección en París, en medio de la capital tranquila hasta la indiferencia. Al día siguiente, 1.º de diciembre, la Asamblea discutió, como en los tiempos más tranquilos, la ley electoral municipal y la cuestión del ferrocarril de Lyon á Aviñón.

Aquellos últimos días fueron empleados por el príncipe en conferencias con sus auxiliares, que recibía á veces juntos, pero con más frecuencia aisladamente. Los papeles, determinados de antemano, fueron definitivamente distribuidos. El general Saint-Arnaud ocupaba ya el ministerio de la Guerra y el Sr. de Maupás la prefectura de policía. Acordóse que Morny se encargaría, en el momento decisivo, el ministerio del Interior. En cuanto á las demás carteras, se decidió proveerlas más tarde, cuando el éxito hubiese animado á los hombres hasta entonces un poco miedosos. Morny, el general Saint-Arnaud y Maupás, parecían haber sido, con Mocquart, secretario del príncipe, y con Persigny y Fleury, sus amigos particulares, los únicos confidentes del golpe de Estado. El general Magnán, comandante del ejército de París, había prometido su concurso, pero con la condición de que no le previniesen hasta la última hora y al comunicarle las órdenes de ejecución. El príncipe no puso en el secreto á ninguno de los individuos de su familia. Indudablemente, entre las personas que rodeaban á Luis Napoleón debió sorprenderse algu-

(1) Barrot, *Mémoires*, tomo IV, pág. 213.

na semi-confidencia. Se había sondeado el ánimo de algunos generales, habíanse tomado medidas preparatorias; varios agentes de policía habían podido adivinar, por ciertas instrucciones, la obra que se meditaba, incluso la hora ó el plan; de ahí ciertos avisos embozados transmitidos á los representantes del pueblo, avisos generalmente oídos con desconfianza, tantas veces habían sido engañados por falsas confidencias. A pesar de aquellas indiscreciones inevitables, se puede decir, de un modo general, que se guardó bien el secreto. Este pudo adivinarse, pero no fué ni completamente divulgado, ni menos vendido.

¡Cosa extraña!, mientras la Asamblea, al llegar la hora fatal, se medio tranquilizaba acerca de su suerte, el presidente, á punto de librar la suprema batalla, experimentó, según se dijo, un instante de perplejidad. El, que recomendaba á Granier de Cassagnac un redoblamiento de invectivas; él, que en su discurso á los expositores de Londres denunciaba á los monárquicos lo mismo que á los montañeses, pareció vacilar en llevar á cabo sus propósitos. ¿Era timidez, repugnancia á romper con una fracción del partido del orden, último respeto á juramentos solemnes? Nadie penetró el secreto de aquella alma tan reservada. Todas estas suposiciones son, sin embargo, verosímiles. El príncipe se sentía impulsado fuera de las vías legales por ambición, instinto de conspirador, dificultad de una solución regular, imposibilidad de volver al rango de simple ciudadano; pero era de natural bueno, afable, benévolo y, sobre todo, enemigo de violencias. El golpe de Estado, primeramente señalado para el 20 de noviembre, fué aplazado para el 25 del mismo mes y luego para el 2 de diciembre. A última hora, Luis Napoleón hubiera querido retrasarlo aún más. Todo estaba dispuesto: sus consejeros insistieron, y él cedió (2). La fecha del 2 de diciembre fué mantenida; fecha fatídica para los Bonaparte, puesto que era el aniversario de Austerlitz.

(2) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 275.